

Investigar sobre violencia en América Latina. Un testimonio reflexivo sobre la experiencia de construir *historias de vida* con jóvenes de vida violenta

Verónica Zubillaga*

Hacer sociología de terreno hoy en América Latina, vinculada a problemas sociales como la violencia urbana y centrada en la subjetividad de uno de sus actores fundamentales, los hombres jóvenes de barrios precarios, siendo mujer, aunque presenta desafíos similares a estudios realizados en el pasado, presenta a su vez retos muy diferentes.

Varios de estos retos tienen que ver con los cambios y transformaciones que esta problemática ha verificado en la región: Las armas de fuego, que en la violencia del pasado eran escasas, pues lo común eran las armas blancas, son en la actualidad una abundante realidad (Briceño-León & Zubillaga, 2001). Y si en el pasado se trataba de subjetividades fusionadas y comprometidas con grupos con ideales o banderas políticas, en el presente se trata de subjetividades atrofiadas por la opresión de la exclusión; obligadas, frente a la desprotección oficial, a convertirse en defensores personales de sus familias y de sus vecinos; presionadas también por nuevas demandas culturales difíciles de resistir, —como el reconocimiento personal obtenido a través de la participación en el consumo— y absorbidas por economías alternativas e ilegales como las del narcotráfico y las del crimen organizado (Zaluar 1997, Salazar, 1998; Adorno 1999).

La preocupación original que guió la investigación, sobre la cual se funda este ensayo, se centró en la exploración de la masculinidad de hombres jóvenes en barrios precarios y en la cualidad extrema de su violencia, es decir, el riesgo siempre presente de dar o recibir muerte.

Para comprender esta violencia nos pareció entonces necesario dirigirnos a sus actores fundamentales: hombres jóvenes que estuvieran armados y participaran en la dinámica cotidiana de enfrentamientos armados en diferentes barrios de Caracas. La estrategia metodológica que se adaptaba a estos fines era sin duda una de tipo cualitativo, y nos decidimos concretamente por la historia de vida a través de las entrevistas a profundidad. Esta estrategia nos permitiría conocer la vida e interactuar con estos jóvenes durante algunos meses de su vida.

En aquel momento, las preguntas y desafío inicial para una socióloga era ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo establecer una relación de honestidad con estos jóvenes, en su propio medio, sin ponerme en peligro y sin que me vieran como un agente vinculada a instituciones de control social? ¿Qué implicaciones tendría en las entrevistas el hecho de ser mujer? Las respuestas a estas preguntas es lo que intento plasmar en estas páginas.

Así, a partir de la reflexión sobre el itinerario de nuestro trabajo¹ de campo, este ensayo se propone: I) Compartir y aportar algunas pistas sobre la experiencia de realizar historias de vida entre jóvenes hombres de vida violenta. Discutiremos en especial, la importancia de la figura del intermediario en una investigación de este tipo; II) Comentar el dispositivo de entrevista en tanto interacción productora de conocimiento, concretamente marcada por la diferencia de género, y en menor medida, edad y clase social. En otras palabras, a partir de nuestra experiencia personal, discutimos las implicaciones de hacer entrevistas a profundidad entre hombres jóvenes de vida violenta provenientes de barrios precarios siendo una mujer-socióloga proveniente de medio diferente.

Socióloga con grabadora busca a jóvenes con armas.

Constituirse en vocero y analista de la experiencia de jóvenes de vida violenta, no nos parecía en principio una tarea fácil. Por otro lado, no queríamos tampoco entrevistar a jóvenes recluidos en centros de tratamiento y diagnóstico “para jóvenes transgresores” que ha sido una línea corriente de investigación en esta área. Precisamente, queríamos encontrar a los jóvenes, en la realidad abierta del día a día, en su medio, sin etiquetas institucionales que los marcaran como “transgresores” y que posiblemente condicionaría la imagen que los jóvenes presentarían y elaborarían de ellos mismos durante la entrevista.

¹ Los pronombres personales y las voces de las personas que hablan en este texto se alternará entre el *nosotros*, —porque en el terreno y en mis reflexiones estaba acompañada por los sabios y generosos consejos de mi tutor GUY BAJOTT, de la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica, por los jóvenes entrevistados, y por el apoyo del centro de investigación al que pertenezco en Caracas, Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO), especialmente ROBERTO BRICEÑO LEÓN y OLGA AVILA, y por el *yo*, por que fue en tanto persona singular, que experimenté el trabajo de campo y ahora escribo estas páginas.

Esta opción se relaciona además a una concepción de la situación de entrevista, como un momento fundamental de la investigación. Situándonos dentro del campo de la “Grounded Theory” de B. Glaser y A. Strauss, de la de la teoría del los actos del discurso de J.L. Austin, de la etnometodología de H. Garfinkel y de las reflexiones que siguiendo estos autores, han producido investigadores preocupados por una sociología comprensiva de orden empírico (Pharo 1985; Demazière & Dubar 1997) asumimos la conversación de entrevista como el encuentro y producción de un discurso profundamente marcado por la interacción que se genera entre el sujeto entrevistado y el sujeto que entrevista. Intervenido, en nuestro caso, por la definición que el joven elabora de la situación de entrevista y de la socióloga que hace preguntas, marcado igualmente por la imagen particular que de sí mismo el joven hombre desea presentar a una mujer que le entrevista (Punto que trataré más adelante).

Así pues, pensamos que debíamos encontrar a jóvenes en un momento de su vida en el que estuvieran en plena acción, que no tuvieran problemas graves de adicción a drogas, y que vivieran en una vivienda de un barrio de Caracas (para diferenciar de los niños y jóvenes que viven en la calle, generalmente con graves problemas de adicción); es decir jóvenes hombres, en plena vitalidad física y emocional característica de su edad, y por supuesto, que contaran con armas.

Estableciendo contacto: la figura del intermediario, pieza clave en los primeros encuentros.

Encontrar a jóvenes con estas características no fue un trabajo que se pudo planificar de forma precisa, y no dependía tanto de la relación con el mundo institucional sino, por el contrario del capital social y personal con el que pudiéramos contar. Así que después de invertir algún tiempo en visitar diferentes instituciones que tenían trabajos de base en barrios populares, fue finalmente un mes después, que un amigo me dijo que él podía presentarme a Pascual, un “malandro”² adulto que era amigo suyo y que éste me presentaría los jóvenes que yo buscaba. Así fue, a través de un amigo que se constituyó en intermediario como logramos el contacto con el primer joven.

Retrospectivamente nos damos cuenta que la importancia del intermediario en este tipo de trabajo, tiene que ver con una lógica de sociabilidad prominente en la cultura Latinoamericana. En esta cultura, donde la familia ocupa un puesto central, los vínculos familiares y de amistad son vínculos de pertenencia y a partir de ellos se genera un sofisticado sistema de intercambios que se concretiza en el

² “Malandro” es el nombre utilizado corrientemente por los vecinos para designar al hombre armado, generalmente vinculado a actividades lucrativas ilegales.

favor³. Así, el contacto inicial con estos jóvenes dependió mucho de encontrar un intermediario dispuesto, que tuviera una relación cercana con estos jóvenes, y que en nombre de la investigadora se constituyera en un demandante de favor a su joven amigo: “Hazme el favor de ayudar a esta muchacha que está haciendo un estudio de la Universidad”. La eficacia de esta estrategia viene entonces por el mandato cultural de la obligación implícita de ayudar al amigo que lo solicita. Esta estrategia fue fundamental por que no deseábamos introducir el pago monetario como incentivo, pues nos parecía que esta última opción introduciría un interés lucrativo que no es para nada deseable en este tipo de investigación.

La intervención del intermediario fue imprescindible, para convencer al joven de la seriedad del trabajo y planificar los encuentros. Posteriormente, a medida que desarrollábamos la relación con el joven, nuestra dependencia del intermediario fue disminuyendo y el “favor” se transfería: el joven comenzó a realizarnos un favor. En una de nuestras conversaciones, Robert, uno de los jóvenes que entrevisté, me preguntaba:

Robert: Tú, por lo menos tú eres, ¿qué eres tú? Así, en lo que tú haces pues ¿cómo se llama?

VZ: Socióloga

Robert: Pero como reportera eres tú, una escritora así...

VZ: Bueno, digamos que algo cerca ... (*le explico*)

Robert: Bueno, tú vas a ser la reportera más *cartelúa*⁴. Que aunque tú no lo creas, estas grabaciones que tu estás haciendo, no te creas porque yo lo hago por Michely (*el intermediario*) oístes, porque yo voy a ser claro, en mi medio yo grabando esto yo me estoy es comprometiendo ¿ves...?

Luego, en otra entrevista, cuando al final llegó un amigo, un poco sorprendido y preguntando que hacíamos, Robert le dijo:

“No, no hay nada marico, esta chama la estamos es *favoreciendo pa'* una vaina seria.”

El intermediario, fue aquel que además de ponerme en contacto con el sujeto de la entrevista, permitió vencer los temores del joven y garantizó la seguridad para

³ El favor es una acción de ayuda que se introduce en un sistema de prestaciones y contraprestaciones; es el intercambio de ayudas entre amigos o familiares entre quienes existe el mandato cultural de asistirse y retribuir. Obviamente este línea de análisis deriva de la obra clásica de M. MAUSS, *Essai sur le don*, 1963.

⁴ La palabra “Cartel” y sus derivados adjetivos “Cartelúo” o “Cartelúa”, viene del nombre que se le da a las redes del narcotráfico en Colombia, como los Cartel de Cali o Cartel de Medellín. En el habla de los jóvenes, la palabra “Cartel” significa fama o prestigio, y se asocia corrientemente a la reputación que un delincuente gana por su trayectoria o por un hecho en particular (DUQUE & MUÑOZ, 1995).

él y para mí misma. Para el joven, es la garantía de que yo, en tanto investigadora no estaba relacionada con instituciones de control social —evidentemente con la policía— y para mí, la relación del intermediario con el joven, garantizaba la no agresión (aspecto del que hablaré más adelante). En este sentido, transcribo de mi diario de campo, mis primeras impresiones y las reacciones de Pascual durante nuestro primer encuentro. Pascual me presentaría luego a su sobrino Joel.

“Pascual es un hombre delgado, moreno, de ojos hermosos. Cuando lo vi por primera vez estaba sin camisa y sus pantalones caían de sus caderas. Sus dientes, irregulares estaban desgastados y amarillos. Tenía muchos collares y cadenas en el cuello y la cintura, y un tridente colgaba, por si acaso, de una de sus cadenas.

Al principio se mostró desconfiado y puso cara de mucha extrañeza cuando le dije que era socióloga y que estaba investigando sobre la crisis económica y los jóvenes, y que estaba particularmente haciendo entrevistas con muchachos que tenían, “por ejemplo, una pistolita para defenderse”.

Si no hubiese sido por Julio (*mi amigo*), Pascual no acepta. Julio le dijo al ver su rostro de asombro, -“Pascual, tu sabes que yo no te traería a alguien malo, la chama⁵ es seria”-

Pascual nos contó que tenía 13 tiros en el cuerpo, que a un sobrino lo mataron hace poco. El encuentro fue breve, y quedamos en una cita para el jueves en el parque a las 4:00. Pascual nos juró por su madre “que está bajo tierra” que allí estaría con su sobrino. Me dio la mano y las entrelazamos seguidamente de tres maneras diferentes. Persignándose varias veces, me dijo: “Palabra de caballero” y “por mi madre que está bajo tierra” que allí estaría con el chamo el jueves a las 4:00.”

El discurso de presentación: bajando las defensas y produciendo encuentro

Si encontrar un intermediario fue una tarea clave, también lo fue el *discurso de presentación* que debió ser muy sutil. En este discurso expresábamos que estábamos interesados en ellos por la dinámica en la que estaban, y sin embargo no traíamos acusaciones o censuras. Dije “por ejemplo, una pistolita para defenderse” porque este detalle, que era fundamental para nosotros, apareciera más bien como casual y, adicionalmente agregué “para defenderse” (Ver citación anterior pág. precedente) para elevar toda percepción posible de intenciones de acusación de nuestra parte. En todo caso, íbamos en conformidad con la justificación general de estos muchachos quienes muchas veces argumentan que su violencia es una de defensa frente a las agresiones o invasiones de otros pares de barrios vecinos.

⁵ “Chama” o “Chamo” en el habla corriente de los caraqueños designa a la mujer u hombres jóvenes. Se utiliza en las conversaciones cotidianas entre pares.

Por otro lado, en la intensidad de las relaciones del barrio, estos jóvenes reconocen a su vez las opiniones y sentimientos diversos que despiertan en su vecindario. Si ellos conviven con sus vecinos, también saben que los vecinos hablan de ellos y que el gobierno tiene declarada una “guerra contra el hampa”. Por esto el discurso de presentación es fundamental para bajar las defensas del joven y explicitar que se trata de una entrada “amistosa” y empática. Para esto, en nuestra experiencia fue necesario conocer y presentarnos con las justificaciones comunes y recurrentes que entre ellos prevalecen, manejar el lenguaje ordinario, utilizar las expresiones conocidas.

Y familiarizarse con el lenguaje cotidiano y general de los jóvenes, para comenzar, no es del todo difícil que no el especializado y exclusivo llamado lenguaje malandro (Ver Pedrazzini y Sánchez, 1992; Márquez, 1999). Una palabra como “culebra” que designa el conflicto cotidiano que solo se salda con muerte entre hombres jóvenes, forma parte igualmente del lenguaje corriente de sus vecinos, quienes son también víctimas de su violencia. Adicionalmente, investigaciones y reportajes sobre estos jóvenes, abren a los medios y han develado la complejidad de este lenguaje (Idem; Castillo, 1997; Duque y Muñoz, 1995). Manejar este lenguaje, evidentemente, nos permitiría además desentrañar los significados de su mundo de vida, el sentido de sus acciones.

El discurso de presentación, fue entonces un importante canal que sirvió para cruzar las fronteras de clase, cultura, y género que nos separaban del joven. Si bien yo soy venezolana y caraqueña, comparto íconos y figuras de esta cultura global con el joven; Caracas es una ciudad fragmentada dramáticamente entre zonas que se quisieron de urbanización moderna y zonas de autoconstrucción de viviendas precarias. Dicho de otra manera, las urbanizaciones y los barrios de Caracas⁶. Y si la urbe con sus divisiones nos alejaban, la edad y sobre todo, como iremos descubriendo en estas páginas, el sentido del humor, la ironía y la empatía nos acercaban y se convertían en una eficaz herramienta para producir encuentros.

⁶ La palabra Barrio popular en Venezuela designa una zona geográfica dentro de la urbe caracterizada por el crecimiento no planificado; condiciones socioeconómicas deficientes y en situación de carencia relativa (BOLÍVAR, 1995). Este tipo de asentamientos precarios, presente con sus especificidades en muchas ciudades latinoamericanas, recibe en cada país un nombre particular: *villas de miseria* en Argentina, *poblaciones callampas* en Chile, *pueblos jóvenes* en Perú, *tugurios* en Colombia, *favelas* en Brasil. (TOURAINÉ 1988). La denominación de “urbanizaciones” designa el espacio urbano y planificado ocupado por sectores medios y altos (SCOTTO y CASTILLO, 1994). Como ha sido señalado múltiples veces, este tipo de divisiones urbanas es un rasgo común al patrón de configuración de las ciudades Latinoamericanas, lo que no significa que estén completamente opuestos. Los barrios o las favelas han crecido en los intersticios de las áreas comerciales o residenciales de la ciudad (MARCANO, 1997) constituyendo la geografía visible del contraste y desigualdad entre la población urbana en nuestro continente.

Así, armados con este discurso y secundados por nuestra red de familiares, amigos y colegas, seguimos buscando y encontrando jóvenes en la urbe y por supuesto, luchando con algunos temores.

Los temores de la socióloga y el intermediario como garante de seguridad

Hay que decir que diferentes ciudades en Venezuela, así como en Brasil, Colombia o México se han convertido en ciudades realmente peligrosas y esto se constata en el notable aumento de sus tasas de crímenes en la década de los noventa (Briceño-León, 1997; De Roux, 1997; Salazar, 1998; Pegoraro, 2000). Los habitantes latinoamericanos de las grandes ciudades hemos cambiado nuestros hábitos, nuestros temas de conversaciones, nuestros itinerarios urbanos y nuestros modos de relación con desconocidos, tratando permanentemente de evitar la realización de la intuición de ser *víctima en potencia* de una posible agresión (Rotker, 2000; Jimeno, 1998; Cisneros y Zubillaga 1997).

Así, investigando en este área confrontaba dos tipos de temores: 1) en tanto habitante de Caracas e investigadora recorriendo sus barrios y urbanizaciones, estaba expuesta a los diferentes riesgos que cualquier habitante que transita o habita en las zonas de alto o bajo riesgo puede sufrir. Paralelamente, 2) mi condición de investigadora me sensibilizaba particularmente al riesgo de verme involucrada en situaciones donde otros jóvenes agredieran a mis entrevistados, y muy secretamente en situación, a la agresión que alguno del grupo de jóvenes podía ejercer sobre mí. De hecho, en este área, los temores del investigador intervienen en el momento de planificar su trabajo de campo, tal como nos lo revela Patricia Márquez, en su estudio sobre la violencia y la vida de jóvenes que habitan en las calles de Caracas (Márquez, 1999).

En lo que concierne al primer temor, ser mujer interviene de modo favorable. Conociendo que en promedio, las mujeres que constituyen víctimas de homicidios son sólo el 5% comparado a nuestros compañeros varones que constituyen el 95% (Sanjuán, 1997), sabíamos que siendo mujer no participaba en la dinámica extrema de la violencia, como el ajuste de cuentas o el riesgo de ser confundida por el enemigo como es corriente entre los varones.

La dinámica de agresión de la que nos ocupamos, es una eminentemente masculina, donde prevalece el acoso entre hombres demostrando y ejerciendo dominación. Un hombre joven tiene una altísima probabilidad de ser agredido al entrar a un barrio sin ninguna persona conocida, especialmente de noche durante el fin de semana. Estos jóvenes aunque no constituyen bandas estructuradas con líderes claros — como aquella descritas por la Escuela de Chicago —, si tienen una relación de colonización con su espacio del barrio. La entrada de un par masculino al propio territorio es considerado como invasión, tal como expresaron los

mismos jóvenes y lo ilustran diferentes estudios preocupados por jóvenes y bandas juveniles (Dubet, 1987; Katz, 1988; Castillo, 1997; Salazar, 1998, Márquez, 1999).

Con respecto al segundo temor, recuerdo un día, que fui a buscar a Joel y no estaba. Me encontré como siempre a Pascual. Ese día escribí:

“Pascual me invitó a buscar a Joel. Fuimos a casa de Juan (*otro tío*), después de un callejón, no estaba. En este callejón, oscuro y aislado todos los míticos temores de género (mujer vulnerable frente a hombre amenazante), más el conocimiento acumulado sobre la dinámica entre hombres, afloraron a mi conciencia. Empecé a pensar, “qué ingenua soy”, “¡qué estúpida!”. Pensar que este sujeto no va a hacerme daño...” ¿y si me golpea?, ¿o abusa de mí? ¿y si me apuñala con su pequeño tridente, quien nos verá? ¿si en cualquier minuto llega un enemigo del pasado y nos cae a tiros? pero, a pesar de mis miedos y proyecciones paranoicas, Pascual no parecía si quiera pensar en agredirme. Me quede hablando con él por horas.”

Pascual se convirtió entonces en un querido intermediario. Una vez conversando me dijo:

“Chama, cuando tú quieras conocer todo bien-bien-bien, tienes que venir un viernes, un viernes a las siete, seis de la tarde, *pa'* que tú veas, qué gente; *pa'* que tú veas lo que es vivir esto; *pa'* que tú veas, ... Vas a estar conmigo no te preocupes, aquí nadie te va tocar, ¡nadie! Pero tú vas a verlo tú misma, con tus ojos tú vas a ver las vainas como tal, tú vas a ver cómo llegan a la gente y le meten así, pum, pum; tú vas a ver, a ti nadie te va a tocar, ¡nadie!”

110

En este área de la seguridad personal, el intermediario fue de nuevo importante para nosotros, ya que constituyó la vía de entrada o pase de presentación frente al joven y como dijimos anteriormente, garantizaba nuestra seguridad. Este último aspecto debe ser visto a la luz de la lógica de sociabilidad de la que hablábamos antes: la centralidad de los vínculos familiares y comunitarios en la sociabilidad latinoamericana. En este aspecto particular, nos referimos precisamente a la forma de entrada y (la dinámica de relación) de los desconocidos a grupos familiares o amistosos. La persona que entra a un grupo lo hace de la mano de uno de sus miembros, y es integrado y reconocido por la extensión del vínculo de su garante. Así “los amigos de mis amigos, también amigos míos son”, y su reverso, “los enemigos de mis amigos, también enemigos míos son”. En este sentido, el intermediario nos permitió introducirnos en el mundo del joven, “como si fuera una invitada de un miembro del *nosotros*”, de un miembro de la comunidad, evitando de este modo despertar desconfianza y ofreciéndonos una suerte de garantía de no agresión.

Aquí vale la pena también agregar, que esta lógica es la que predomina entre muchos jóvenes en la dinámica de la agresión y sus selecciones en barrios donde prevalecen las relaciones cara-a-cara. Los mismos jóvenes tienen apego a su

comunidad y procuran no molestar a sus vecinos por el resguardo que estos ofrecen frente a la policía o frente a sus pares enemigos. Este resguardo, es retribuido con protección y vigilancia. El joven se constituye en justiciero local frente a los jóvenes de barrios vecinos que invaden a robar o agredir. A su vez, este mismo joven que es justiciero en su barrio, emigra a otros donde no es conocido y roba o agrede. Es allí donde se encuentra con el justiciero del otro barrio y comienzan, muchas veces, los problemas⁷.

Pero sobre este tema también tenemos que revelar que el miedo nunca se pierde, porque en este tipo de experiencia, la permanente fragilidad de toda interacción, tal como nos lo descubrió E. Goffman o H. Garfinkel, se hace más evidente. La sensación de vulnerabilidad de la situación, como la de sus propias vidas, siempre está allí. Fragilidad por que a pesar de todas las prudencias, la irrupción de un enemigo a vengar una afrenta forma parte del horizonte de posibilidades de la situación; y si para ellos esto forma parte de la normalidad de la vida diaria, para mí era una situación completamente ajena. Fragilidad de mi parte, frente a algunos de ellos, cuando me quedaba sola con más de dos jóvenes.

Y debo confesar, las veces que tuve miedo me molestaba por dejar emerger mis pre-juicios y temores. Sin embargo, la fragilidad de la situación se nos hizo muy presente, cuando uno de los jóvenes, en un período en el que necesitaba dinero, amenazó con agredir mortalmente a nuestro intermediario, si no le otorgaba el dinero demandado. Este fue el único caso doloroso y de mayor angustia. En todos los meses de búsqueda y relación con estos jóvenes jamás tuve contratiempo alguno.

En el año que duró nuestro trabajo de campo, tuve encuentros y sesiones de entrevista con 9 jóvenes. En cada caso, intervino la figura del intermediario que, en diferentes oportunidades, fue encontrado por otro intermediario. Es decir, para llegar al sujeto de entrevista tuvimos que pasar por diferentes eslabones de una cadena de sociabilidad: familiares, amigos o colegas que me ponían en contacto con amigos, familiares o colegas que conocían a un joven con las características que yo buscaba.

⁷ La relación entre la comunidad y sus jóvenes no es del todo simple. Ella puede estar signada por la tensa tolerancia y el silencio por el miedo a la represalia. Ella puede basarse también en el intercambio que venimos de mencionar: frente a la desprotección oficial, el joven ofrece protección y la comunidad resguardo. Cuando el joven traspasa ciertos límites de agresión en su comunidad, puede ser linchado por sus vecinos enardecidos, como ha comenzado a suceder. Por otro lado, estos jóvenes nacieron en el barrio y son hijos o familiares de vecinos conocidos y la situación se complica con los afectos familiares (CAMUÑAS, 1995). La complejidad de esta relación se traduce en la riqueza de las categorías que aprehenden la heterogeneidad de las formas de acción de estos jóvenes, tipificándose en “personajes diferentes”. (Ver, PEDRAZZINI & SÁNCHEZ 1992; SCOTTO & CASTILLO, 1994; CISNEROS Y ZUBILLAGA, 1997; MARQUEZ 2000).

Los jóvenes que encontré, estaban involucrados en tráfico de drogas o crimen organizado (unos artesanales, otros muy sofisticados). Las sesiones de entrevista se desarrollaron en el día o en la noche en diferentes lugares, como un parque, una escuela de niños, la casa de la novia de uno de ellos, una parroquia eclesiástica, un centro comercial, una biblioteca pública, en la calle. En algunas entrevistas, compartíamos algunas cervezas, en otras un refresco, en otras simplemente hablábamos.

Durante aproximadamente 11 meses tuve contacto con ellos y con personas que formaban parte de su red de relaciones cotidianas. También tuve noticias sobre los acontecimientos de sus vidas a través de los intermediarios. Estos últimos me contaban sus interacciones cotidianas con los jóvenes y me avisaban de los eventos que sucedían en sus vidas, por ejemplo, cuando uno de ellos fue internado en el hospital por una herida de bala en riñón en un enfrentamiento; otro fue encarcelado por la policía.

Las entrevistas fueron grabadas y todas las conversaciones, eventos e impresiones que sucedieron y tuve en esos meses los escribí en mi diario de campo. Le dije a los jóvenes que grababa las entrevistas para no estar tomando notas y el grabador lo ponía a un lado.

Mujer recogiendo datos sobre hombres

Las dinámicas de interacción y la producción del discurso

Cuando se trata de investigar a hombres y mujeres en la multiplicidad de sus prácticas y representaciones, a través de métodos etnográficos, ser hombre o mujer tiene efectivamente sus implicaciones, como ya se lo han planteado algunos investigadores (Guttman, 1999). Y en cada caso tiene ventajas y desventajas.

Al analizar las identidades de género en la situación de entrevista, en contraste con nuestro caso, es muy interesante la narración de P. Bourgois, en su relación con un grupo de jóvenes hombres puertorriqueños ocupados en traficar drogas en el Harlem. Bourgois que se instala en el Barrio y conoce a los jóvenes a través de una vecina, narra que luego de esta presentación y pasar diariamente en frente del comercio donde se encontraban, le tomó “menos de dos semanas para que Primo se animara frente a mi presencia” (Bourgois, 1995, 40). Este antropólogo que establece con los jóvenes una relación de estrecha camaradería, cuenta como en una ocasión después de dos años de estar en contacto permanente con los muchachos, uno de ellos le revela que al principio ellos pensaba que él era “pato” o “faggot”.

Podemos concebir que la negación de la virilidad del antropólogo, —o la asignación de una masculinidad afeminada—, por parte de los jóvenes, así como la actuación del propio Bourgois que connota que no comparte una masculinidad adherida a la virilidad, es lo que le permite al antropólogo en un primer momento, introducirse en el mundo de estos jóvenes y ser exceptuado del juego de desafío y provocación típico de esta masculinidad.

Por consiguiente, en un contexto cultural y social donde grupos de hombres comparten una masculinidad concentrada en la dominación y en la demostración de virilidad (Connel, 1987; Ramírez, 1993) el modo en que el investigador interprete su identidad de género interviene de modo importante en la entrevista. Según nuestra experiencia, ser mujer permite entonces escapar a la dinámica de oposición que existe entre hombres desconocidos, adheridos a este tipo de hombría. Una mujer se introduce de modo diferente en los juegos de poder, produciendo por un lado, que no se instale una dinámica de virilidad competitiva, pero por otro lado, que se instalen otras dinámicas, como veremos más adelante.

En las conversaciones, los jóvenes al mismo tiempo que hablaban de su relación con otros hombres, explicitaban su modo de relación con las mujeres y concretamente el trabajo reflexivo en situación.

Robert: ...entonces, coño porque hablas feo y tal, y entonces por ahí viene la discordia porque son esos malandros y entonces hay curda en el coco, de repente hay dos armas y pelan, y más que siempre se ve es tiroteo en la huevonada

VZ: ¿Cómo es eso que hablan feo?

Robert: Por lo menos en estos términos que yo te estoy hablando ahorita, (*dramatizando con entonaciones y gestos*) ¿ves?, Por lo menos, si estuvieran otras muchachas en “Falla” (*una discoteca*) ¿ves? tú sabes que uno trata de que las llamas no se vayan a llevar una imagen fea de uno. Uno sabe como se tiene que expresar en cualquier sitio, nosotros escribimos cualquier personalidad, depende del momento donde estemos.

VZ: ¿Cómo es eso?

Carlos: Por lo menos nosotros estamos hablando contigo horita y nosotros hablamos tranquilitos... (*risas*)

Las edades de los jóvenes que entrevisté, variaban entre los 16 años y los 27. En el momento de realizar las entrevistas yo tenía 29 y luego 30 años. Nuestra edad contemporánea, nos permitía compartir la referencia a iconos de la cultura global y local. Compartía con tres de los jóvenes la afición por las canciones de Bob Marley, y entendía cuando me hablaban de grupos de Rap⁸. Esto nos permitía conversar de temas alternativos, permitía conocer su estilo

de vida y relación con los medios, y al mismo tiempo manifestar y establecer el mutuo reconocimiento: a pesar de venir de mundos tan distintos, en el fondo no teníamos referentes tan diferentes.

En términos de nuestra interacción, las definiciones que ellos me asignaban y el tipo de relación que ellos querían establecer, mi condición de “socióloga” y mujer de edad contemporánea produjo diferentes dinámicas de relación y estimuló respuestas distintas en los jóvenes. Aunque yo había explicado que era socióloga, para ellos no resultaba tan claro, y asociaban mi actividad a las profesiones u oficios que les eran familiares.

Entre nosotros se establecieron diferentes dinámicas de interacción marcadas por distintas imágenes. Unos tipos de interacción resultaron dominantes con algunos jóvenes, con otros, se mezclaban y/o se alternaban. En general fui considerada como *reportera*, *psicóloga joven*, o *estudiante de la universidad*, y esto promovió el hablar cómodamente. Uno de los jóvenes que ejercía posiciones de liderazgo dentro de su grupo, durante las entrevistas se explayaba en sus historias y expresaba sorpresa y fascinación por los relatos que inspirados por mis preguntas emergían a medida que pensaba. Este joven, en una de las primeras entrevistas, me ordenó “Haz las preguntas que a ti te interesa saber, sin asco”. Otros expresaban sorpresa frente a detalles de sus vidas sobre los cuales no habían pensado antes.

Para los más jóvenes, entre 17 y 19 años, muy apegados a su madre, me asignaban — y no me parece arriesgado proponerlo— una suerte de *imagen materna*, que abría el camino para las confesiones más íntimas y dolorosas. Esta dinámica sin duda marcada por el peso de la madre en la vida de estos jóvenes⁹. En efecto, cuando le preguntaba a uno de ellos como se llevaba con su madre, me respondió tajante: “Yo la amo”, y luego agrega, “yo le echo mis cuentos y ella los de ella, no peleamos así, yo amo a mi mamá “. Nos había contado igualmente que no tenía amigos, que los amigos no existen, los otros hombres se burlan de los sentimientos. Este joven, el de acciones más violentas

⁸ Las canciones del cantante jamaicano Bob Marley y el Rap en sus inicios — originado en la comunidad afro-americana de Estados Unidos y luego incorporado y traducido al español por las comunidades hispanas — reivindican y retoman los orígenes étnicos y culturales de minorías subalternas frente a los sectores hegemónicos. Sin embargo, no hay que generalizar y sobre-dimensionar el sentido político de resistencia en la escucha de estos géneros musicales entre los jóvenes con quienes conversamos. El Rap por ser cantado en español, permite justamente captar esta dimensión; las canciones de Marley en inglés y el mismo Bob Marley como icono, en el registro cultural de la globalización y del consumo, se asocia sobre todo al libre consumo de la hierba alucinógena —ilegal en América Latina— marihuana, así como la socialidad que produce el consumo en grupo.

⁹ Uno de los puntos centrales que emerge en los trabajos de Anabel Castillo y Patricia Márquez sobre jóvenes y violencia en Caracas, es la relación de estos adolescentes con su su madre. La madre es un foco central y para muchos el único afecto en su vida (CASTILLO, 1997; MÁRQUEZ, 1999)

incluso en su propia comunidad, había insistido en que siguiéramos los encuentros porque era “bueno pensar y desahogarse”.

En un caso, el que resulta el más problemático desde el punto de vista del discurso, es cuando el joven a la imagen de “investigadora joven o estudiante de la universidad” yuxtapone el de *mujer susceptible de ser cautivada*. Aunque pueda parecer extraño o incluso ridículo reflexionar sobre esto, es fundamental a la hora de analizar el discurso producido y el tipo de análisis que se construye en el texto final. Si bien en toda entrevista el sujeto realiza selecciones, omisiones y alteraciones en los relatos que conciernen a su historia de vida, la instalación de esta dinámica produjo que el joven realizara tergiversaciones sistemáticas en algunos de los eventos. Por otro lado, es justamente esta acomodación de los hechos, muchas veces, lo nos permiten poner en evidencia y analizar qué es lo que está “haciendo” el joven cuando narra su vida.

Jairo, que tenía 27 años, en las sesiones de entrevistas, me contó que había vendido droga cuando era más joven, pero había dejado de hacerlo por que era “malo para las personas”. Esta afirmación entra en contradicción con los comentarios de Jesús, otro joven mucho menor del mismo barrio, que sin saber, decía:

“Por lo menos a mí no me gusta pasármela así con alguien que sea así dañado¹⁰. Jairo la vende, él no la consume porque eso no trae nada bueno”.

En efecto Jairo seguía vendiendo drogas. Esta alteración de los hechos, nos dice mucho de él. En el plano de nuestra interacción, pone en evidencia las estrategias discursivas desplegadas en situación para agradar a la interlocutora y para elaborar una identidad definida por su carácter moral. Ilustra también la importancia que tiene para este joven presentarse como un hombre de principios¹¹. Otras personas del barrio me habían contado que él defendía a la gente de su comunidad de los jóvenes que no respetaban. Entre estos vecinos, una madre sola, nos contó que el joven hombre le ayudaba poniendo límites al hijo con el que tenía problemas.

Contó además que no tenía novia. El primero de febrero 2001, hablé por teléfono con Jairo y fijamos el próximo encuentro. Al día siguiente, escucho los siguientes mensajes en la contestadora del teléfono móvil que utilicé para fijar los encuentros:

¹⁰ Dañado”, significa adicto a las drogas, y se contrapone a “sano”, aquel que no consume.

¹¹ Un tema ineludible de nuestros análisis, que no exploramos en este espacio, es sin duda los contornos de esta moral. En numerosos robos en los que había participado, este joven aclaraba que eran a comercios de “gente que tienen dinero”. Un aspecto recurrente en sus narraciones, era precisamente su carácter de defensor frente a los jóvenes que transgredieran el código de respeto comunitario. Se trata entonces del uso de la violencia en el establecimiento de límites y defensa comunitaria, en el sentido descrito por E. Hobsbawn, en *Primitive Rebels*.

Jueves 1/2/01 11:57 PM

“¿Que quieres tú con mi marido? ¡Maldita perra, sucia!”

Viernes 2/02/01 12:01

“Mira sucia, el amor de ...(*incomprensible*) ¿oíste?...deja la huevonada que tienes con él, maldita perra”

Esta voz, ¿era la mujer de Jairo que creería que Jairo “estaba saliendo” conmigo? Él era el único que tenía novia, y me lo había ocultado. Una vecina me había hablado de su mujer. Esta vecina, ya le había dicho a nuestro intermediario, (una estudiante que era hija de la profesora de la escuela de niños del barrio), que él nos quería invitar a cenar a las dos. Jairo nunca aceptó que tuviera novia y todo el tiempo afirmó no tener la menor idea de quien pudo hacer esa llamada. Parecía evidente que quería mostrarse como hombre, soltero y libre.

Bien que establecimos conversaciones largas, a veces difíciles, sobre la relación con su padre, la muerte de su hermano en un atraco, Jairo jugaba a complacernos, a hacernos reír, a “mostrar que él tiene su corazoncito”. Cuando le preguntaba si iba al cine y cuales películas había visto, contaba:

“película te digo yo...otra también bueno, películas de sentimiento por lo menos TITANIC¹² a mi me gustó bastante, hasta uno, viste que a uno se le aguan las lagrimas y todo (RISAS) hasta a los más que tú dices “¡coño, estos son unas ratas!” esos les parte el corazón (RISAS) se hacen los locos y, ¿qué tienen?, tú les preguntas que tienen y “no, que me cayó una basura en el ojo” y se les ablanda el corazón ves, éste que te digo yo...”

Este mismo joven, utilizaba palabras que él consideraba sofisticadas y correctas, adaptándose al hecho que estaba hablando con una universitaria. Cuando hablaba, algunas veces se corregía. Por ejemplo, una vez cuando estaba enumerando las cosas que robaban los jóvenes que vivían en la calle, en su vecindario,

... “baterías del carro, el reproductor y bueno y lo demás, quítale las cadenas, los zarcillos a las muje’, a las muchachas...”

Este fue notablemente uno de los efectos de la percepción de la diferencia social entre el joven y mi persona. Bien que me vestí del modo más neutral posible, (como detallo más adelante), el detalle de ser universitaria, era ya una marca de distancia suficiente.

En el caso de Pascual, adulto, el tío malandro de Joel que vivía en un carro en una calle de su barrio, tener una universitaria a su lado era motivo de prestigio

¹² *Titanic* es la taquillera película norteamericana difundida en 1998, dirigida por J. Cameron, donde actúan el conocido actor joven Leonardo Di Caprio y Kate Winslet.

frente a sus vecinos. Al mismo tiempo, este compensaba su desventaja estructural a través de la acentuación en situación, de una masculinidad protectora frente a mi vulnerabilidad de mujer extranjera en el barrio (ver cita Pascual p.11). En el caso de Jairo, una manera de colmar la brecha lo fue la modificación de su lenguaje y pero también subrayando su ventaja de género, ofreciendo su ayuda si acaso yo necesitaba amedrentar a alguien.

Un rasgo que presentaron todos los jóvenes fue su esmero en el vestir. Para los encuentros de entrevista, todos los jóvenes vinieron vestidos impecablemente en su atuendo informal. En unas oportunidades algunos de ellos llegaron tarde por estarse afeitando, o cambiando de ropa. Su modo de vestir, demostraba su apego al consumo y contenía todos los signos de distinción de las marcas a la moda en el presente (Baudrillard, 1972). Esta imagen es combinada al mismo tiempo con collares, escapularios y pulseras con motivos de sus santos y figuras protectoras de diferentes tradiciones religiosas como la santería o el espiritismo, fuertemente arraigadas en Latinoamérica (Ver Salazar 1998; Ferrandiz,1996).

Así, tomando en cuenta la importancia del vestir en la presentación de la identidad, es decir, el protagonismo de esta vía para comunicar y exhibir significados sobre el sí mismo; de mi parte para las entrevistas, también desplegué estrategias de presentación personal. Siempre fui vestida con franela con logo de la Universidad y jeans, explicitando que estaba en jornadas de trabajo. Esto sin embargo no impidió que a veces, algunos de ellos, intentaran tantear la veracidad o solidez de estas definiciones, como efectivamente sucedió el primer día que encontré a uno de ellos y a su grupo de amigos. Ese día, estábamos conversando con Robert y sus amigos en la calle, y en un momento pasó una muchacha caminando cerca de nosotros. Ellos que la conocían, decían “Ay mami, tan olorosita” y le tiraban besos¹³. Luego, cuando otra mujer subía por la vereda a lo lejos, Robert comentaba que “tenía un andar erótico” —Ambas estaban vestidas con ropa muy ajustada, blanca y negra—. Seguidamente, me pregunta “Ajá y tú no sales a rumbear, tú no te vistes así con falditas como ellas?”

Retomando nuestra discusión sobre el sentido de las omisiones o tergiversaciones que realiza el sujeto en entrevista, el consejo de D. Bertaux, de completar la historia de vida con relatos paralelos es de gran utilidad (Bertaux, 1980). Es sobre todo necesario para comprender el significado de estas operaciones en estudios relacionados a la identidad.

¹³ Hay que aclarar que en Venezuela, en la calle, cuando una mujer vestida con ropa ajustada pasa delante de un hombre, este siempre le dedica algunas frases, que pueden ir de lo poético a lo procaz. Este gesto conocido como “el piropo” para la mujer venezolana, a diferencia de la anglosajona, no es resentido como acoso sexual.

En investigaciones como esta, la historia de vida, debe encontrarse a medio camino entre la observación participante y la entrevista. Es decir, para nosotros fue realmente precioso, relacionarnos con el medio del joven, conversar con vecinos, —el mismo intermediario fue en varios casos vecino del joven—, para enriquecer la historia. Los relatos de los vecinos, constituyen un rico testimonio sobre las acciones públicas del joven. Esta perspectiva es muy interesante a la hora de analizar el modo en que el joven elabora su imagen frente a los vecinos que finalmente constituyen una suerte de espectadores. Se trata de mirar al joven a través de los ojos del otro y de completar el relato de su experiencia a través de los relatos de aquellos que comparten el día a día.

El aporte de esta tercer persona, permite igualmente develar las intenciones del joven y comprender el significado de las modificaciones y ocultaciones que el joven hace en su discurso. En este sentido, y en un espíritu similar al de la racionalidad psicoanalítica, no interesa tanto contrastar el discurso del joven con una “verdad” fáctica, sino comprender estas omisiones o alteraciones como expresión de una intención y como estrategia de construcción de su imagen.

Al mismo tiempo, este acercamiento debe ser realizado abiertamente (es decir, con conocimiento del joven) con mucha delicadeza y respeto. Insistimos porque no queremos ser mal interpretados, no se trata de desmentir lo que dice el joven, no se trata de hacer una “comprobación pública” de su versión. Se trata más bien, a través de conversaciones que normalmente surgen, si el investigador tiene una presencia explícita en la comunidad y establece relación con personas cercanas, acoger y reconocer, a veces estimular, conversaciones que complementen la información sobre la vida y dinámica del actor en su comunidad. Evidentemente, el investigador ni en sus preguntas, ni en sus conversaciones puede dejar escapar las confidencias del joven.

Así, el género y la cercanía de edad, si por un lado difuminan un poco las distancias a la hora de hablar de su ritmo de vida, por otro lado, pueden hacerla un poco confusas en términos de nuestra relación. En este sentido, es fundamental establecer, tal como lo argumenta la literatura sobre Historias de Vida, las bases del encuentro: las finalidades de la investigación, el tratamiento del material, el rol como investigador. Este aspecto que parece evidente sobre el papel, resulta verdaderamente dificultoso sobre el terreno, sobre todo a la hora de trabajar con personas frente a las que reconociendo su posición de franca desventaja estructural, uno en tanto que persona y sociólogo se siente profundamente preocupado. En este sentido, en tanto socióloga debía hacer un malabarismo de equilibrio entre cercanía y distancia que a veces no queda muy claro hacia donde se inclina más la barra.

Finalmente, si fueron numerosos los encuentros, también lo fueron los desencuentros, las resistencias y las interrupciones forzadas.

Los eventos en los encuentros, los desencuentros y la resistencia

Tuve encuentros muy divertidos y amigables, otros francamente angustiados. Hubo también muchos desencuentros. Investigando en este área, uno experimenta de una manera evidente que en trabajos como este, la investigación no es neutra ni aséptica y al contrario demanda y exige al investigador fuertes cuestionamientos éticos y políticos.

Una vez tuve que quedarme horas conversando con Pascual que sufría una suerte de “ataque de pánico trascendental”. En aquellos días la vida y la muerte por igual le angustiaban enormemente. Recordaba haber matado a un niño de 13 años en un asalto. Mientras hablábamos, lloraba y hacía ejercicios compulsivamente en unas barras paralelas, como si la rabia y la desesperación tuviera que drenarla o consumirla. Entonces me pregunto ¿Cómo pretender guardar la neutralidad objetiva? ¿Debe una socióloga reprender o censurar, al menos con la palabra, aquel que cometió este crimen? O ¿Debe acoger con misericordia esta confidencia?

También Joel su sobrino, enfrente un momento muy difícil cuando su madre y abuelo se enteraron que vendía drogas; el dolor y la rabia le llevaron a votar la droga por el sanitario. Para colmo, ese fin de semana era el cumpleaños de su novia y le había prometido que le ayudaría económicamente.

Jairo, saliendo de la barbería, antes de ir a nuestra entrevista, fue alcanzado por una bala de un enemigo que le esperaba y con quien tenía una cuenta pendiente. Robert, en diciembre cuando su hijo nacía, amenazó a nuestro intermediario pidiéndole altas sumas de dinero argumentando que éste tenía mucha información, y diciéndole que de no responder él correría con las consecuencias.

Por otro lado, las veces que me quedé esperando fueron numerosísimas. Horas marchando en la ciudad y horas esperando. Una tarde fue particularmente anecdótica en términos de la dinámica y experiencia de género. Un día de mayo, fijamos una cita en la entrada de un parque de la ciudad y...

“Me senté en un banco a esperar a Martín. Mientras esperaba, se sentó al lado mío una señora de alrededor de 55 años. Comenzamos a conversar y me contó que tuvo 4 hijos y que los crió sola, que trabajó en oficios diversos (como barrendera) y el padre de sus hijos no la apoyó. Me decía, “en este país, los hombres no quieren servir para nada”... a la media hora de estar conversando, se nos sentó al lado una mujer muy joven, de unos 19 años que tenía en brazos un bebé de meses. Ella también estaba sola... Fue una tarde de mujeres solas despotricando sobre los hombres venezolanos. Solas por que el hombre joven que yo esperaba nunca llegó.”

Así, con varios de los jóvenes luego de la segunda o tercera sesión, entrábamos en una suerte de “fase de resistencia”. Acordábamos los encuentros y no venían. En estos casos, solo me quedaba armarme de mucha paciencia, comprensión, así como persistencia, explicándoles que era necesario cerrar el proceso. Otras

ausencias se relacionaban evidentemente con el modo de vida del joven. Habían períodos donde se iban del barrio a esperar que los momentos de tensión entre enemigos se calmaran. Esto sucedía especialmente cuando un joven de un barrio vecino, era asesinado por algún joven amigo. Hubo un joven que fue puesto en prisión dos meses, por estar exhibiendo y disparando con un arma de porte ilegal en su barrio. La estancia en prisión del joven le permitió luego ampliar su red de contactos en el tráfico de drogas, así como una oferta para constituirse en sicario.

Los períodos de resistencia también se relacionaban, a conversaciones donde sin mucho pensarlo adopté orientaciones protectoras, cuando después de las entrevistas comenzaba a hablarles de la necesidad de protegerse, diciendo “si no se daban cuenta que podían morir en esa dinámica”. Luego de conversaciones como estas, los jóvenes no venían a la siguiente y debía armarme de nuevo de paciencia para la espera y la persuasión. Ingenuidad y ridiculez de mi parte.

Ingenuidad por negarme a aceptar que ellos y yo valoramos la vida y la muerte de modo diferente. Quizá es mas ilustrativo traer la respuesta de un joven cuando le preguntaba, si no era mejor quizá quedar mal delante de sus amigos pero que no le mataran. El me responde:

“Yo prefiero quedar bien con mis panas antes que ser chigüire¹⁴. Un chigüire no lo aceptan en ningún lado, un chigüire es chigüire donde se pare. Para donde se vaya siempre va seguir siendo un chigüire. Entonces si desde un principio ya yo me di a respetar, que yo no era ningún chigüire de nadie, ahora después de tantos años no me voy a convertí en chigüire. El que no me quiera respetar lo jodo. Mientras que no se metan conmigo, yo no me meto con nadie.”

Y esta es sólo una entre tantas de las razones para participar en esa dinámica.

Experiencias parecidas a estas hay otras más y en tanto investigadora uno no puede evitar pasar por momentos difíciles, sin embargo incomparables a la experiencias que desde muy pequeños estos jóvenes han vivido. Por ejemplo, el acoso masculino que vivieron desde muy jóvenes de la parte de pares mayores y posteriormente también de agentes de la policía; el desencanto con la escuela como vía para traducir proyectos, la ansiedad de la imagen y la rabia por la carencia, la negación a recibir sueldos miserables a costa de su explotación.

La violencia estructural vivida como la imposibilidad de un destino diferente y la violencia masculina, vivida a través de agresiones habituales, la prolongan y la reproducen a través de las violencias cotidianas, donde la muerte es uno entre

¹⁴ Chigüire, también reseñado por JOSÉ ROBERTO DUQUE y BORIS MUÑOZ, (1995); CASTILLO (1997) y MÁRQUEZ (1999) es el joven que se deja someter frente a sus pares. Designa así mismo al delincuente novato y torpe y aquel que roba y agrade a sus vecinos.

tantos de los resultados posibles; la justifican con “si todos roban por qué yo no” y la aplican con vehemencia prefiriendo morir antes de ir a la cárcel o antes de poner en duda una identidad reconocida en las esquinas de su barrio.

A modo de cierre

Al cerrar este relato, donde narro de modo poco sistemático la experiencia personal del trabajo de campo entre hombres jóvenes de vida violenta, espero, haber podido aportar algunas pistas para futuros investigadores relacionados a problemas sociales en América Latina.

La experiencia de investigar sobre la violencia en América Latina, apoyándonos en mecanismos culturales como el favor, la solidaridad comunitaria, (de aquí la importancia del intermediario como vía de entrada y garantía de seguridad para la pareja narrativa constituida por sujeto de entrevista y el sujeto investigador) nos revela un itinerario metodológico fecundo para abordar un problema empírico difícil. Más allá, nos devela también, algunas pistas para intervenir sobre esta dificultad, es decir, sobre el carácter de problema social y político que encierra un tema de investigación como la acción violenta de hombres jóvenes en nuestras urbes. Pistas que develan que estos jóvenes nos son en absoluto marginales sino que se encuentran insertos de manera particular en la red de sociabilidad comunitaria y que es posible contactarles, accederles a través de métodos alternativos a las persecuciones policiales represivas, donde se instalan, no el orden ni la ley, sino luchas abiertas por el sometimiento y dominación. En este sentido, el hecho de ser mujer vimos que instala dinámicas particulares y no es descabellado imaginar aprovechar algunas de sus ventajas, por ejemplo, la evasión de la dinámica de confrontación, para concebir vías para el encuentro, la negociación y el diálogo, con los jóvenes actores de la violencia.

Para concluir, se me ocurre pensar en una pregunta después de tener varios años investigando “cara a cara” la violencia urbana en Venezuela: ¿Vale la pena seguir investigando en esta área? Absolutamente sí, puesto que a medida que ocurren transformaciones sociales, suceden reconversiones de estrategias para hacer frente a las nuevas necesidades. Nuevos son los problemas y novedosas son sus respuestas. Confirma una vez más que detrás de esos “antisociales”, como regularmente se les etiqueta, hay jóvenes talentos negados e interrumpidos. Por último, investigar en esta área quizá produzca que el propio investigador y más tarde los lectores se adhieran, con sus herramientas, a la lucha cotidiana, gradual que llevan las mayorías excluidas en nuestros países por mejorar las circunstancias de su vida cotidiana. ¿No es precisamente en la acumulación de nuestras acciones rutinarias y cotidianas que sustentamos y transformamos el orden social?

Bibliografía

- ADORNO Sergio, (1999) "Violência et Civilização"
In: *A sociologia para o século XXI* Editora da
Universidade Católica de Pelotas pp.77-106
- ADORNO Sergio, (2000) "La delincuencia
juvenil en San Pablo: mitos, imágenes y
hechos" In: *Ciudadanas del Miedo* Editorial
Nueva Sociedad, Caracas. Pp.95-112
- BAJOIT G. (1997) "Qu'est-ce que le sujet" In:
Contributions à une sociologie du sujet. Editions
L'Harmattan.
- BAJOIT G. et FRANSSSEN A. (1995) *Les jeunes
dans la compétition culturelle* Paris PUF.
- BAJOIT, G., DIGNEFFE F., et al. (2000)
*Jeunesse et Société. La socialisation des jeunes dans
un monde en mutation*. De Boeck & Larcier s.a.
Editions De Boeck Université. Bruxelles.
- BAUDRILLARD, J., (1972) *Pour une critique de
l'économie politique du signe* Gallimard, Paris.
- BECKER, Howard, (1963) *Outsiders. Studies in
the sociology of deviance*. The Free Press of
Glencoe. Collier-Macmillan L.T.D. London
- BENNETT, James, (1942) *Oral history and
delinquency. The rhetoric of criminology*. The
University of Chicago Press
- BERTAUX, Daniel, (1980) "L'approche
biographique. Sa validité méthodologique,
ses potentialités" In: *Cahiers Internationaux de
Sociologie*, Vol.LXIX. Paris.
- BERTAUX, Daniel, (1997) *Les récits de vie*
Editions Nathan, Paris
- BETHENCOURT, Luisa (1998) *Mujeres, trabajo
y vida cotidiana*. CENDES-UCV Caracas
- BOLIVAR Teolinda, (1995) "Urbanizadores,
constructores y ciudadanos" in : *Revista
Mexicana de Sociología*. Enero-marzo Año
LVII/ Num.1 Pp.71-87
- BOURGOIS, Philippe, (1992) "Homeless in el
Barrio. La vie d'un dealer portoricain in
Harlem" In *Actes de la Recherche en Sciences
Sociales*, n° 93 Juin, pp. 59-68
- BOURGOIS, P., (1995) *In search of Respect. Selling
crack in El Barrio*. New York. Cambridge
University Press.
- BOURGOIS, P., (1996) "In Search of Masculinity"
In: *The British Journal of Criminology* Vol36 N°3
Pp.412-427.
- BOURGOIS P. (1997) "Résistance et autodestruction
dans l'apartheid américain" In *Actes de la Recherche en
Sciences Sociales*, n° 120, Décembre, pp.60-68
- BRICEÑO-LEON, R., et al., (1997b) "La
cultura emergente de la violencia en Venezuela"
In: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias
Sociales*; 3 (abr-sept) Caracas. Pg 195-214.
- BRICEÑO-LEON R., (1997) "Buscando
explicaciones a la Violencia" In: *Espacio
Abierto*. Vol.6 N°1. Ccas.
- BRICEÑO-LEON, R., y V.ZUBILLAGA (2001)
«Dimensiones y construcciones de la violencia
en América Latina», In: *Acta Científica Venezolana*
Volumen 52, N°2, pp.170-177.
- CAMUÑAS, Matías, (1995) "Vida en los
Barrios: la sobrevivencia de los más débiles"
In: *Historias de identidad urbana*, Fondo Editorial
Trópikos, Ediciones Faces-UCV. Pp.161-173.
Caracas
- CARIOLA et al. (1989) *Crisis, sobrevivencia y sector
informal* ILDIS-CENDES, Ed. Nueva Sociedad,
Caracas
- CASTILLO, Anabel, (1997) Menores transgresores:
en búsqueda de adaptación social. Universidad
Central de Venezuela, Caracas.
- CARRANZA, Elías, Coord., (1997) *Delito y
Seguridad de los Habitantes Siglo XXI* Editores,
México.
- CISNEROS A., y ZUBILLAGA V., (1997) "La
violencia desde la perspectiva de la víctima : la
construcción social del miedo" In: *Espacio
Abierto* Vol. 6, N°1, Caracas.
- CHAUÍ, María Helena, (1999), "Ética y Violencia"
In: *Nueva Sociedad* N°163 Caracas Pp.31-43

- COHEN, Albert, (1955) *Delinquent Boys. The Culture of the gang*. The Free Press, Illinois
- CONNELL R.W., 1987, *Gender and Power Polity* Press 1987 Great Britain
- COLLISON, M., (1996) "In search of the high life: Drugs, Crime, Masculinities and Consumption" In: *The British Journal of Criminology*. Vol 36, nº3, Special Issue, 1996, Pp.428-443
- DEMAZIERE Didier, et Claude DUBAR, C., (1997) *Analyser les entretiens biographiques. L'exemple de récits d'insertion*. Editions Nathan Paris.
- DE ROUX, Gustavo, (1997 "Subdesarrollo, urbanización y violencia" In: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*; 3 (abr-sept) Caracas. Pg 141-162
- DUQUE, José Roberto y Boris Muñoz (1995) *La Ley de la Calle. Testimonios de jóvenes protagonistas de la violencia en Caracas*. Fundarte, Alcaldía de Caracas, Caracas
- FERRANDIZ, Francisco (1996) "The body in its senses: the spirit possession cult of María Lionza in contemporary Venezuela" Tesis Doctoral. Universidad de California en Berkeley.
- FERRAROTTI Franco, (1983) *Histoire et Histoires de vie. La méthode biographique dans les sciences sociales*. p. 51 Librairie des Meridiens 1983 Paris
- GABALDON, L. G., (1999) "Experiencias y Actitudes de Jóvenes Transgresores Venezolanos Frente a las Armas de Fuego, In: *Fermetum* Año 9- Nº 26 Septiembre-Diciembre Mérida, Venezuela. Pp. 305-324.
- GARCIA CANCLINI, Néstor, (1989) "¿Modernismo sin Modernización? In: *Revista Mexicana de Sociología* p.163-189 Año LI Nº 3 Julio Septiembre. Pp.163-183
- GARCIA-CANCLINI, N., (1995) *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Editorial Sudamericana 2da edición 1995. Buenos Aires
- GUTTMAN, Matthew (1999) «Las fronteras corporales de género: las mujeres en la negociación de la masculinidad» In: *Cuerpo, diferencias y desigualdades*. Centro de Estudios Sociales CES. Santafé de Bogotá, 1999 Pp. 111-130
- HIRCHI, Travis, (1969) *Causes of Delinquency* University of California Press, Berkeley, California
- HERNANDEZ T., (1994) "La Cultura de la Violencia en Venezuela" In: *La Violencia en Venezuela_Monte Ávila* Editores Latinoamericana, Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, Venezuela. pp. 77-126.
- HURTADO, Samuel (1998), *Matrisocialidad* Ediciones FACES, Universidad Central de Venezuela.
- JIMENO, Myriam (1998) "Identidad y experiencias cotidianas de violencia" In: *Análisis Político*. Instituto de Estudios Políticos y relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Colombia. Nº33 Enero/Abril
- KATZ, J., (1988) *Seductions of Crime* Basic Books E.U.A.
- LANCASTER, Roger, (1992) *Life is hard. Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. University of California Press. California.
- MARCANO, Luis F. "Modelo urbano: el barrio de ranchos, una manera de habitar al ciudad" In: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*; 3 (abr-sept) Caracas. Pp. 112-123;
- MÁRQUEZ Patricia., (1999) *The Street is My Home*, Stanford University Press, Stanford, California.
- MÁRQUEZ P., (2000) "En la penumbra de los días: el malandro" In: *Venezuela SigloXX. Visiones y Testimonios*. Fundación Polar, Caracas.
- MAUSS, Marcel, (1950) "Essaie sur le don. Forme et Raison de l'Echange dans les sociétés archaïques" en: *Sociologie et Anthropologie*, PUF. 7eme. Edition 1997
- MESSERSCHMIDT, James, (1997) *Crime as structured action: gender, race, class and crime in the making* Sage Publications, London
- MESSERSCHMIDT, J., (1993) *Masculinities and Crime*. Rowman and Littlefield Publishers, Inc. U.S.A.
- MORENO, Alejandro (1997) *La Familia Popular Venezolana*, Cursos de Formación Sociopolítica Nº15, Fundación Centro Gumilla y Centro de Investigaciones Populares. Caracas.

- PEGORARO, Juan, (2000) "Violencia delictiva, inseguridad urbana. La construcción social de la inseguridad ciudadana" In: *Nueva Sociedad*, 167, Mayo-Junio, Caracas. Pp. 114-132.
- ROTKER, Susana (2000) "Ciudades escritas por la violencia" en: *Ciudadánías del Miedo* Editorial Nueva Sociedad, Caracas. Pp.7-22
- SALAZAR Alonso, (1998) "Violencias Juveniles: ¿contraculturas o hegemonía de la cultura emergente?" In: "*Viviendo a toda*". *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Siglo del Hombre Editores, Santa Fé de Bogota Pp. 110-128
- SCOTTO C., & Castillo A., (1994) "La Violencia Cotidiana en Venezuela. El caso de un Barrio" In: *La Violencia en Venezuela*. Monte Ávila Ed., Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, Pp 21-75.
- SUTHERLAND, E., & CRESSEY D., (1966) *Principes de Criminologie* Editions Cujas, Paris
- TAYLOR, Ch., (1989) *the Sources of the Self*, Cambridge University Press, Cambridge.
- TOURAINÉ, A. (1988) *La parole et le sang. Politique et société en Amérique Latine* Odile Jacob. Paris.
- ZALUAR, Alba (1997) *Violent Related to Illegal Drugs, "Easy money" and Justice in Brazil: 1980-1995*. Discussion Paper N°35 Management of Social Transformations – MOST. UNESCO.
- ZUBILLAGA, V., y BRICEÑO-LEON, R., (2001) "Exclusión, masculinidad y respeto. Algunas claves para entender la violencia entre adolescentes en barrios" In: *Nueva Sociedad* N° 173, mayo junio, Caracas. Pp.34-48

Verónica Zubillaga *

Socióloga Venezolana
 Actualmente candidata a doctorado en la
 Universidad Católica de Lovaina, Bélgica
 vzubillaga@skynet.be
 vzubillaga@eacciuun.ve
 Junio/2001

* **Nota:** La investigación sobre la que se basa el presente ensayo recibió apoyo financiero de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho (Fundayacucho) en Venezuela y Cooperation Universitaire au Developpement C.U.D. (Programme Actions-Nord 2000); Casa de América Latina-Comité National d'Accueil, C.N.A. en Bélgica. Para ellos nuestro reconocimiento y agradecimiento. Por sus lecturas y enriquecedores comentarios, expresamos nuestro cálido agradecimiento a las colegas Ma. Matile Zubillaga y Patricia Márquez.